

Los constructores del olvido. Propuesta para una historia de la literatura de Bolivia arrancando en el siglo XVI

Andrés Eichmann Oehrli¹
Carrera de Literatura
Universidad Mayor de San Andrés
Correo electrónico: peichmann@gmail.com
ORCID: 0000-0002-2880-644X

A la memoria de Lucy Jemio y Ximena Medinacelli

Resumen

Me he propuesto identificar el motivo por el que nuestra sociedad es tan propensa a olvidar la literatura producida por generaciones pasadas. En estas páginas aventuro que una de las causas es la constante “refundación” que ha sufrido la sociedad que habita estas tierras. Otra, que se inauguró en el siglo XVIII con el advenimiento de las Luces, es un cierto divorcio entre lo que cultivan, de un lado, los estratos populares y, de otro, las élites. Repaso después las distintas miradas a nuestra literatura del periodo colonial, durante los siglos XIX y XX. Finalmente, muestro aquellos terrenos fértiles que presenta esta literatura, que están a la espera de ser cultivados.

Palabras clave: Literatura, Bolivia, siglos XVI-XVIII.

1 Licenciado en Letras por la U. Nacional de Cuyo. Dr. en Filología Hispánica por la U. de Navarra, con premio extraordinario de doctorado. Profesor Invitado de las Universidades de Versalles y de Navarra. Profesor titular en la UMSA. Director de la revista *Classica boliviana*, indexada en AmeliCA y Latindex. Presidente de la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos y de la Sociedad Boliviana de Historia (2013-2020). Autor de varios libros y de más de 60 artículos en torno a la literatura de Charcas. Editor, entre otras obras, de la *Relación y de la Descripción [...] de Apolobamba*, de N. Armentia (2022). La Paz, Bolivia.

The builders of oblivion. A proposal for a history of Bolivian literature starting in the 16th century

Abstract

I set out to identify why our society is so prone to forgetting the literature produced by past generations. In these pages, I suggest that one cause is the constant ‘refounding’ that societies inhabiting these lands have undergone. Another cause, which began in the eighteenth century with the Enlightenment, is the separation between the literature cultivated by the popular strata and that cultivated by the elites. I then review the various perspectives during the nineteenth and twentieth centuries on the literature of the colonial period. Finally, I highlight the fertile ground that this literature offers, and that is ready to be cultivated.

Keywords: Literature, Bolivia, 16th-18th centuries.

Recepción: 21 de abril de 2025

Aceptación: 22 de mayo de 2025

Capas culturales y reiterados reseteos

En su mayoría, los sucesivos refundadores que han condicionado la vida política y social en este territorio, desde los incas hasta los constituyentes del año 2009, han logrado afectar solo a algunos sectores de la sociedad, en los que han removido la capa superficial que cubría su “sistema” cultural, sin modificarlo en profundidad. Si se me permite la analogía con la pintura, han eliminado dicha capa en las zonas que presentaban algún relieve y la cubrieron con una nueva pátina. Es parecido a lo que observan los restauradores de edificios, que descubren pinturas murales de enorme interés debajo de una blancura tan inmaculada como vacía. Pocos son los refundadores que alcanzaron a permear en los estratos populares, pero consiguieron la adhesión de élites que los siguieron, a menudo, por asegurarse la pitanza.

Por eso, una parte de la memoria del pasado se puede rastrear solo en los estratos sociales donde se asentó en profundidad determinado modo de vida. Las prácticas ancestrales de los *yáchaj* de Bombori (Macha, Potosí), tal como las registra Tristan Platt en la década de 1970, muestran diversas capas culturales que sorprenderían a los ortodoxos de la descolonización. Las consultas del chamán se dirigen al espíritu de la montaña, al *Jurq'u*, y este “invoca a su patrón, el Señor Santiago de Pumpuri, el Doctor, asociado a la Gloria, la Estrella y el Nacimiento y, por consiguiente, al Santo Sacramento y el cuerpo de Nuestro Señor, en tanto que encarnado en el Sol y la hostia. Entendemos, por lo tanto, que el hablante es un mensajero del Reino de la Gloria (*glurya parti* [sic pro *patri*]) y de Santiago de Pumpuri, patrón de los chamanes y curanderos” (Platt, 1999: 36).

En sus respuestas, el *Jurq'u* se refiere a hechos ocurridos en tiempos del “Inka Habsburgo”, lo cual manifiesta estratos antiguos que conforman el suelo sobre el que se mueven el *yáchaj* y su comunidad. La observación de dicho suelo permite comprobar continuidades y rupturas, a la vez que manifiesta una dificultad insalvable para los sucesivos representantes de la (llamémosla así) Escuela de la Reiterada Refundación.

La expansión del imperio inca extendió en el Collao una capa de cierto espesor, sin duda, sobre las culturas locales de los pueblos donde impuso su dominio. Basta pensar en los 14 tipos de *mitmas*, en el ejército profesional, en los sistemas de dominio y control facilitados por los caminos y tambos, el “alto grado de intervención estatal, pero en integración con las idiosincrasias locales” (Otero et al., 2018: 227). Parece claro que la religión inca tuvo cierto éxito en su implantación a lo largo del Tahuantinsuyo, y no podía ser de otro modo: el “amo” no puede sino ser el favorecido por la divinidad.

En uno de los aspectos culturales, el de los relatos históricos, los incas tejieron cuidadosamente una narrativa oficial (¡vaya!, parece que estas conductas se repiten...), muy diferente de “las versiones orales campesinas. La etnia inca, como todo grupo de poder, exageraba y magnificaba desnaturalizando su historia-mítica, con el objetivo de justificar sus acciones y tener el campo libre en sus empresas de conquista y anexión de señoríos” (Espinoza, 2018: 174).

El autor citado muestra que el estado actual de investigación permite entender cómo pudo desaparecer el imperio inca frente a 160 “españoles” (en realidad, ninguno se sentía eso: eran castellanos, aragoneses, etc.). Por lo visto, la clave está en su fragilidad política, debido a que estaba conformado por numerosas “naciones”, y en que en muchos sitios “las élites dirigentes —los curacas— ansiaban liberarse del poder central” (*ibid.*: 176).

El arribo de Pizarro y sus hombres removió muchas de las creencias y rituales impuestos por el incario, y es entonces cuando afloraron “capas” que habían quedado cubiertas por el régimen inca, las cuales muestran, obviamente, una gran diversidad.

La religión cristiana tuvo un poderoso impacto en todos los sentidos, aunque más no fuera porque quien había vencido al antiguo amo debía traer divinidad(es) más poderosa(s). Juan Carlos Estenssoro muestra el auténtico interés de los indios por la religión cristiana, y son muy visibles las innumerables iniciativas indígenas en el culto católico de nuestras tierras altas. Entre numerosas publicaciones recientes, algunos capítulos del libro *Turco Marka*, coordinado por Ximena Medinacelli, permiten aproximarse a ello. Ese interés por la religión cristiana parece coexistir con el resurgir de cultos locales anteriores, gracias a la parcial desaparición de la capa traída por el incario.

La evangelización parece haber penetrado en profundidad en el cuerpo social porque, como ocurre con el ejemplo de Bombori, pueden verse combinados aspectos de los cultos locales con el catolicismo. Esta combinación fue objeto de intentos de “extirpación de idolatrías” por parte de algunos miembros de la jerarquía eclesiástica, seguidos de periodos coexistencia pacífica que podemos considerar “de consolidación” de prácticas que subsisten hoy por todas partes. Ello manifiesta que es poco adecuado pensar solamente en términos de “imposición religiosa”. Sin negar que se puso en práctica un programa para ello, una imposición “sin más” se habría quedado en la superficie, tal como ocurrió con las campañas de extirpación. Y en cambio, es patente no solamente la acogida del cristianismo por parte de la gran masa de población, sino también la construcción de nuevos “saberes religiosos” en los que es inseparable lo andino y lo proveniente de Europa, tal como lo ponen de manifiesto, por ejemplo, estudios que abordan epistemologías transculturales (véase, por ejemplo, Windus-Eichmann, 2016 y 2017; Chitarroni, 2025).

Fuera del ámbito de las creencias, son muy variadas las formas de acogida de elementos culturales, muchas de las cuales dieron lugar a creaciones artísticas y literarias. Basta con leer los magníficos trabajos de Margot Beyersdorff para comprobar que la recreación de piezas teatrales que tuvieron su origen en el Siglo de Oro sigue siendo una práctica habitual en las comunidades indígenas del altiplano y de Cochabamba. Los relatos, canciones y otros vehículos de la creación oral, recolectada a lo largo de cuatro decenios por Lucy Jemio y sus estudiantes, es otra muestra de lo

mismo, aunque haya antropólogos que acaso por un purismo esencialista solo tienen ojos para mirar lo que no presenta “contaminaciones”.

En el siglo XVIII, los intelectuales del círculo de los Borbones lograron que entre las élites letradas se rechazara el proyecto anterior para asumir el ilustrado. No es poca cosa prescindir de lo que había producido el Siglo de Oro, desde San Juan de la Cruz, Santa Teresa y Fray Luis de León, pasando por Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo, Tirso y que culmina con Calderón (todo ello en la Península; en estas tierras, Enrique Garcés, Diego Dávalos, Diego Mexía de Fernangil, Luis de Ribera, Fernando de Valverde, Luis Antonio de Oviedo y Herrera, etc.) así como, en las artes plásticas, las obras maestras del inagotable barroco.

Como la Ilustración traía un proyecto largamente incubado en Francia, sin duda alcanzó realizaciones muy notables, también en nuestra sociedad. Pero las Luces tenían como destinatarios a los miembros de las élites, y por eso no permearon a fondo en nuestros sectores populares como, en cambio, sí había ocurrido con el barroco. Y es a partir del periodo ilustrado que se produce el gran divorcio cultural que separó a las élites del pueblo. Ya no es el conjunto de la sociedad quien participa del mismo banquete, sino que hay platos completamente distintos: el barroco queda para las mayorías “ignaras” y el neoclásico se ofrece a los que se precian de sabios.

Los sectores populares no parece que hubieran acogido el proyecto ilustrado, aunque algunas élites indígenas pudieran haberlo hecho. Las poblaciones indígenas, frente a una propuesta que les resultaba tal vez un tanto críptica (y que en general, al ignorarlos, los invisibilizaba) optaron por continuar con lo que ya habían logrado co-crear. Pero, además, cuando el proyecto de la nueva casa reinante trajo aparejada una mayor presión fiscal, la reacción fue acudir al último recurso de una sociedad que se siente amenazada. Scarlett O’Phelan Godoy registra 140 rebeliones en las tierras altas, en un libro cuyo título no puede ser más elocuente: *Un siglo de rebeliones anticoloniales*. La Gran Rebelión del inicio de la década de 1780 respondió a un proyecto radical sin precedentes, y supuso el intento de ruptura completa con la administración colonial.

Después de medio siglo de realizaciones alcanzadas por los ilustrados, vino la Independencia, que llegó con la decisión de dejar atrás todo lo que no respondiera al nuevo proyecto. O sea, con muy poco, si no fuera porque se recurrió, a veces disimuladamente, a la reutilización de parte del proyecto ilustrado que había puesto en marcha el régimen anterior. Es lo que se verifica, por ejemplo, con el *Plan de Enseñanza* que Antonio José de

Sucre presenta en 1827, al igual que el extenso *Decreto reglamentario de los colegios de Ciencias y Artes*, dictado ese mismo año y que siguió vigente hasta la década de 1870, como los demás documentos programáticos de los primeros decenios del periodo republicano, que se basan precisamente en el *Reglamento General de Instrucción Pública* emanado de la Villa y Corte de Madrid en 1821 (véase Castro Torres, 2017: 52-55). A la vez, como botón de muestra de la profundización del divorcio entre las élites y la población indígena en el siglo XIX, los tres colegios que estaban en marcha en la provincia de Paria para niños y jóvenes indios, que fueron un gran motor de la promoción humana desde 1773, desaparecieron por una lamentable decisión del propio Mariscal Sucre. El único proyecto educativo que mantuvo un sostenido éxito desde fines del siglo XVIII hasta fines del XIX es el de los colegios de educandas, la mayoría de los cuales fueron puestos en marcha por el arzobispo José Antonio de San Alberto (véase Eichmann Oehrli, 2022; 2025a).

Los sucesivos gobiernos de la naciente república se ocuparon de destruir lo mejor que habían logrado quienes les precedieron, y un ámbito ejemplar es el educativo. El primer impulso que logró cierta estabilidad es el de los regímenes conservadores de los años 1870 en adelante. Pero a continuación vino el afán de los liberales, de los republicanos, de los emenerristas, y, finalmente, del masismo, por hacer olvidar cuanto se había logrado antes que ellos. Puede decirse que las constantes refundaciones del país lo han querido obligar a este a comenzar de cero cada vez. Es por eso que, a mi entender, puede aplicárseles el merecido título de “constructores del olvido”.

Lo que queda

Es verdad que los estratos populares han continuado cultivando, por su lado, sus propias creaciones. Y que en algunos casos estas fueron admitidas (o apropiadas) por élites, como ocurre con algunas manifestaciones que hoy llamamos folklóricas. En cualquier caso, en estos estratos puede asegurarse la vigencia de un caudal no olvidado que mantiene su vitalidad (relatos e historias orales, música, piezas dramáticas de comparsa, etc.). Esto quiere decir que los constructores del olvido no consiguieron eliminar esta parte del ecosistema cultural boliviano. Buena noticia.

La mala: han logrado que la población fuera perdiendo, a medida que pasaron las generaciones, lo producido (en mi caso me interesa lo escrito, y dentro de ello, lo “literario”) antes de cada una de ellas. Si preguntamos

a alguien en la calle, o a profesores y estudiantes de las universidades, qué poetas o novelistas o dramaturgos bolivianos de hace 40 años conoce, comprobaremos cuán eficaz fue la tarea ninguneadora de nuestros perpetuos refundadores.

Entonces toca ahora hacer una revisión de lo que se logró hacer olvidar. En estas páginas nos interesa el olvido de la producción literaria de un periodo concreto, el colonial, pero está claro que podríamos continuar en el tiempo y mostrar que, salvo “salvatajes” meritorios y fácilmente localizables, que forman un pequeño archipiélago, las aguas del Leteo fueron bebidas de manera sostenida y afectaron a cuanto no se halla hoy al alcance de la vista, que es poco. En ese archipiélago hay verdaderos hallazgos, pero también material combustible que fue salvado por descendientes de “grandes plumas” que acaso solo lo fueron para aquellos.

Como estamos hablando de materia escrita, la primera distinción que corresponde hacer es entre manuscritos e impresos. Los segundos suelen tener más posibilidades de sobrevivir, por el hecho de que fueron clonados en decenas (o cientos) de ejemplares, de los cuales tarde o temprano acaba por localizarse al menos uno. Las obras conservadas en manuscritos, en cambio, en algunos casos tuvieron la fortuna de ser copiados una o más veces, lo que multiplicó sus chances de llegar hasta nosotros, pero en su mayoría solamente se escribieron en un solo ejemplar, y su existencia estuvo con demasiada frecuencia amenazada de muerte. Gabriel René-Moreno deplora la indiferencia de toda la sociedad sucrense de su época en relación con materiales que costaron siglos de laboriosa producción y acopio. Una indiferencia que resultó peor, en sus consecuencias, que las catástrofes naturales. Toneladas de manuscritos pasaron a envolver el *ancucu* que se ofrecía en la calle como golosina y que resultó más devastador que los incendios o las inundaciones. Otras toneladas de materiales académicos, en este caso de la Universidad de San Francisco Xavier, fueron botados a la intemperie para que bárbaras tropas de Belzu se guarecieran en los espacios en los que habían sido conservados.

A pesar de esas calamidades, se conservan obras de calidad que deslumbran al “paseante” y lo convocan a prestarles atención. Obviamente no todos los paseantes están suficientemente pertrechados para poder apreciarlas. Ante una ruina de piedras finamente talladas hay quien solamente encuentra un obstáculo en su camino, y acaso se queja por tener que dar un rodeo. Incluso hay iconoclastas que disfrutaban si ven que pueden contribuir a su aniquilación. Pero también hay quienes se detienen a contemplarla, fascinados por su grandeza o por la exquisita factura de lo

que queda a la vista, y no faltan otros que les dedican años de estudio para facilitar a sus contemporáneos el acceso a sus tesoros artísticos. La destrucción no fue total. Nuestra literatura incluye obras excelentes desde el mismo siglo XVI. Quien no quiera verlas quedará sumido en una pobreza voluntaria, y esta, en el terreno intelectual, es la más penosa de todas las formas de miseria, ya que le impedirá descifrar, no digo la complejidad, sino hasta lo más básico, tanto de nuestras culturas populares como de las producciones de cenáculos “exclusivos”.

Valoraciones de la literatura del periodo virreinal en los siglos XIX y XX

En dos ensayos recientes abordé la progresiva recuperación de la literatura de nuestro pasado colonial. En uno de ellos, publicado en el libro *La crítica y el poeta. Siglos XVI y XVII*, ofrecí un rastreo de autores que, en los siglos XIX y XX, se ocuparon ella, y observé las diversas valoraciones que pusieron de manifiesto. Ahora, para un libro de próxima aparición (ver Eichmann Oehrli, 2025b), pude hacer un seguimiento más minucioso de la atención que se prestó al teatro de nuestros siglos XVI-XVIII durante el periodo republicano (en ambos casos evité extenderme al siglo XXI). No repetiré aquí lo desarrollado en ambos trabajos (repetiré, sí, algunos datos, por necesidad expositiva), sino que intentaré mostrar las perspectivas que se fueron dando sucesivamente.

En el siglo XIX, después de un periodo de silencio casi absoluto de varias décadas, los primeros intelectuales de relieve en referirse al periodo colonial son, hasta donde conozco², Manuel José Cortés y Manuel María Caballero, en la década de 1860. Sus juicios son tan negativos como ausentes de noticias, por lo que no me detendré en ellos.

Casi enseguida Gabriel René-Moreno manifiesta su desacuerdo con la posición de Cortés, e inaugura la primera propuesta que tuvimos sobre la producción literaria de los siglos anteriores, a la que podemos llamar “perspectiva documentalista”. Esta consistió en considerar dicha literatura como documento para la Historia. Se la valoró por los datos que en ocasiones proporciona, o bien por el *Zeitgeist* que manifiesta. Es la posición, por ejemplo, de Moreno y de Vicente Ballivián y Roxas. Seguramente José Rosendo Gutiérrez comparte esa perspectiva, ya que ofrece

2 Tanto para este párrafo como para el siguiente, un barrido cuidadoso seguramente arrojará más nombres y matices.

la edición de una breve loa escrita y representada en La Paz en 1786, incluyéndola en una serie de documentos del año 1781 que dan cuenta de aspectos de la rebelión de Catari.

A finales del siglo XIX hace su aparición la segunda perspectiva, que podríamos definir como “mirada evocadora”, principalmente en potosinos que nunca pudieron olvidar su grandioso pasado. Entre ellos destaca, sobre todo, Modesto Omiste, quien hace en 1891 una cuidadosa (hasta donde era posible) edición del *Testamento de Potosí*, poema escrito en el año 1800; y en sus *Crónicas potosinas* incluye relatos de Arzáns. El único autor que contribuye al conocimiento de la literatura en quechua del período colonial es el cura Carlos Felipe Beltrán, cuya obra todavía está por estudiarse (también sus creaciones en quechua, porque era poeta).

En la primera mitad del siglo XX podemos ver que continúan las miradas documentalista y la evocadora. La primera por Abel Alarcón (el primero que intenta una historia literaria de Bolivia que incluye el período colonial) y Carlos Medinaceli. La segunda es continuada por tradicionalistas como Ismael Sotomayor, el propio Abel Alarcón y otros.

En el libro del primer centenario de Bolivia asoma un primer trabajo, de Rosendo Villalobos, en el que por primera vez se aborda la poesía del siglo XVII. Por este motivo creo que podemos considerarlo como pionero de la mirada “propiaamente literaria”, porque manifiesta interés por el cultivo de la literatura sin más, no por su capacidad evocadora (aunque la tenga) o por los datos que las obras pudieran aportar para el estudio de hechos del pasado o de su clima espiritual. Esta mirada se profundiza en la década de 1940 con aportes de Humberto Vázquez Machicado, Enrique Finot y Luis Alberto Pabón para la literatura en castellano, y para la poesía quechua está el de Jesús Lara, quien utiliza como guía (inconfesada) al cura Beltrán. En el terreno de la edición de obras, lo más saliente es la publicación de los 50 primeros capítulos de la *Historia* de Arzáns por Gustavo Adolfo Otero.

En la segunda mitad del siglo la tendencia tradicionalista cedió paso al interés por el estudio de tradiciones vivas, cultivadas en los estratos populares, provenientes de los siglos coloniales. Es lo que encontramos en los estudios de Augusto Beltrán Heredia, Julia Elena Fortún, Rafael Ulises Peláez y, al final del siglo, Margot Beyersdorff.

La mirada “propiaamente literaria” que inicia Villalobos es continuada, entre otros, por Teresa Gisbert, Adolfo Cáceres Romero y Josep M. Barnadas. Este último inaugura un tipo de reflexión fundamental, que busca precisar qué puede entenderse por una literatura boliviana.

Fuera de Bolivia, Alicia Colombí Monguió publicó un libro sobre el poeta Diego Dávalos y Figueroa, vecino de La Paz, y su *Miscelánea austral*. Este estudio sería el primer disparador que nos abrió la vía para el conocimiento de nuestra poesía de los siglos XVI-XVII. Nos enseñó a leer la poesía petrarquista de la época gracias a su eminente estudio literario.

Las ediciones de piezas del periodo colonial son en la segunda mitad del siglo XX más numerosas: Enrique Viaña publica el *Testamento de Potosí* (1954), Teresa Gisbert la comedia de Diego de Ocaña (1957), Jesús Lara la *Tragedia del fin de Atahuallpa* (1957), Lewis Hanke y Gunnar Mendoza la monumental *Historia* de Arzáns (1965), Armando Alba la biografía de Vicente Bernedo que Juan Meléndez dio a la imprenta en 1675 (1964), Jaime Urioste Arana la obra de Ramírez del Águila, de 1639 (1978), Barnadas ofrece la de Francisco Xavier Eder (1985), la de Pedro de La Gasca (1998) y el epistolario de Alonso Ortiz de Abreu (2000); asimismo la Academia Boliviana de la Historia publicó la obra de Ramos Gavilán sobre Copacabana (1976), y la Municipalidad de La Paz la crónica franciscana de Diego de Mendoza (1976). En el terreno teatral están los guiones de piezas de comparsa publicados en los trabajos de los estudiosos de tradiciones vivas arriba señalados. En relación con la poesía, en este caso musicalizada en polifonía, está la *Antología de Navidad*, de Julia Elena Fortún (1956), el libro *Lírica colonial boliviana* de Carlos Seoane y un servidor (1993), y un drama evangelizador en chiquitano, de Piotr Nawrot (2000).

No me detendré aquí en los avances que tuvieron lugar en lo que va del siglo XXI, que son abundantes y muy significativos, porque en este cuarto de siglo se produjeron los primeros logros de trabajos de largo aliento que están en pleno despliegue, y sería como querer mostrar una carrera con una fotografía de la posición de los corredores a cuatro pasos de haber comenzado.

El terreno a cultivar

En mis clases de la Carrera de Literatura suelo decir a los estudiantes que he podido registrar material literario de los siglos XVI-XVIII como para trabajar durante al menos unos 300 años. A continuación, los invito a que, los que quieran, se arremanguen para sumarse al trabajo y así multiplicar las posibilidades de llegar en menos tiempo a estudiar y editar piezas que lo merecen. Haré aquí un bosquejo de los materiales que están identificados y que permanecen en sala de espera para salir del limbo. En

cualquier caso, ya no hay excusa para desconocer las creaciones literarias y los estudios en torno a ellas, así como las ediciones de que fueron objeto. Mucho menos para juicios ligeros en torno a la producción de la época.

Quien tenga intención de abordar piezas de nuestros siglos XVI-XVII, lo primero que deberá hacer, como es obvio, es un estado del arte. Mis dos ensayos, a los que me referí más arriba, permiten conocer al menos buena parte de lo obrado durante los siglos XIX y XX en torno a la literatura del periodo colonial. Y no es difícil, a estas alturas, averiguar lo que se ha producido (y se sigue produciendo: este mismo año habrá novedades, como veremos) en los últimos 25 años.

Uno de los grandes reservorios es la *Bibliotheca Boliviana Antiqua* que publicó en dos volúmenes Josep M. Barnadas (2008). Allí registra casi tres millares de títulos de impresos del periodo virreinal, y entre ellos se encuentran muy abundantes piezas literarias. En casi todos los casos, ofrece el lugar (la biblioteca, junto con la signatura topográfica) en el que ha podido comprobar la existencia de un ejemplar, de modo que las búsquedas se facilitan enormemente. Por otra parte, son cada vez más numerosos los títulos a los que se puede acceder en línea, ya sea en el sitio archive.org, ya en la web de la Biblioteca Nacional de España o en otras.

La abundantísima colección polifónica del Archivo Nacional de Bolivia permite acceder, entre pentagrama y pentagrama, a cientos de poemas manuscritos de diversas temáticas y registros, así como a los textos de la música incidental de piezas teatrales. Publiqué varios libros y artículos sobre este material pero, por lo abundante que es, sigue permaneciendo inédito en una inmensa mayoría.

Hay algunos géneros que apenas fueron objeto de estudios y ediciones. En el epistolar, tenemos solamente, gracias a Barnadas, el de Ortiz de Abreu y el que reúne cartas del arzobispo San Alberto a las carmelitas potosinas, con algunas respuestas de estas últimas. Yo publiqué, también unas pocas versiones bilingües de cartas escritas en latín en los siglos XVI y XVII. Y en el género de la oratoria sagrada, a pesar de que la mencionada *Bibliotheca* de Barnadas muestra un centenar registros, tanto de colecciones como de piezas individuales, apenas tenemos dos estudios: uno colectivo de la década de 1990 y otro más reciente de Valentina Guglielmi.

Hay obras de nuestro pasado que todavía no fueron objeto de estudios ni de ediciones en el país (las ediciones realizadas en otros países, en general, tratan con poca propiedad las realidades bolivianas, porque apenas las conocen). Por dar algunos ejemplos: la de Diego de Ocaña fue publicada en Europa (varias veces; en este siglo, una para olvidar y otra,

de calidad, a cargo de Beatriz Carolina Peña) y la de Antonio de la Calancha en el Perú; la *Segunda parte del Parnaso antártico* está por salir, a manos de un equipo hispano-chileno (la *Primera parte*, afortunadamente, verá la luz muy pronto en una edición boliviano-española, gracias a Tatiana Alvarado). Hay una gran cantidad de obras que no cuentan con ediciones recientes, como las de Diego Flores, Fernando de Valverde, Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Vicente Caba, etc. Del propio Diego Dávalos, acaso el poeta mejor tratado de nuestro periodo colonial, tenemos una excelente edición de su poesía en el libro *Dolce mio foco*, de Laura Paz Rescala, pero los coloquios en prosa de la *Miscelánea austral* siguen esperando una edición anotada. Y son muchas las obras conservadas en manuscrito, tanto en prosa como en verso, que podemos encontrar en la Rockefeller Library de Rhode Island, en la Hispanic Society en New York, en la New York Public Library, en la Biblioteca Nacional de España, etc.

De modo que hay a disposición una enorme masa de piezas que esperen la labor paciente de estudiosos que las faciliten al público. También es necesario facilitar la labor de tales estudiosos, ya que son rarísimos los casos bolivianos en que tal actividad permita vivir al que la ejerce. Y es imprescindible contar con fondos para la publicación y con actividades académicas que favorezcan el intercambio de conocimientos y el diálogo entre especialistas. Por último, hace falta poner en marcha iniciativas que potencien la difusión y dinamicen el interés del público hacia esos “olvidados potosíes”, expresión que tomo de Alicia Colombí. Lo dicho aquí podría articularse en un plan ambicioso para disipar la niebla que sembraron los invisibilizadores, los refundadores de siempre.

Bibliografía

Beyersdorff, Margot (1998). *Historia y drama ritual en los Andes bolivianos (siglos XVI-XX)*. La Paz: Plural.

Castro Torres, Mario (2017). *El sueño y la realidad. Historia de la educación en Bolivia 1800-1874*. La Paz: Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello.

Chitarroni, Leandro (2025). *Copacabana y Tito Yupanqui entre nosotros: los jeroglíficos en la crónica de Ramos Gavilán, propuesta pastoral y aporte metodológico*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Pontificia Universidad Católica Argentina.

Eichmann Oehrli, Andrés (2022). “La literatura perdida de Charcas colonial: el rescate de una herencia olvidada de Bolivia”. Mónica Velásquez Guzmán y Andrés Eichmann Oehrli (eds.), *La crítica y el poeta. Siglos XVI y XVII* (pp. 17-64). La Paz: Instituto de Investigaciones Literarias / Carrera de Literatura UMSA / Plural.

Eichmann Oehrli, Andrés (2025a). “La literatura en Charcas: factores que favorecieron su cultivo”. *Cuatro siglos de literatura en Bolivia en el horizonte del bicentenario republicano (1825-2025)*. Madrid / Frankfurt / La Paz: Iberoamericana / Vervuert / Editorial 3600 (en prensa).

Eichmann Oehrli, Andrés (2025b). “Sobre el teatro de Charcas: noticias y debates (siglos XIX-XX)”. En Laura Paz Rescala (ed.), *Sobre el papel y las tablas: miradas al teatro de Charcas-Bolivia (ss. XVI-XXI)*. Madrid: Editorial Silex (en prensa).

Espinoza, Waldemar (2018). “Etnohistoria e historia andinas. Estado de la cuestión”. En María de los Ángeles Muñoz (ed.), *Interpretando huellas. Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas* (pp. 167-181). Cochabamba: Grupo Editorial Quipus.

Otero, Clarisa, María Beatriz Cremonte y Pablo Adolfo Ochoa (2018). “La construcción del poder incaico en la quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina)”. En María de los Ángeles Muñoz (ed.), *Interpretando huellas. Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas* (pp. 227-245). Cochabamba: Grupo Editorial Quipus.

Platt, Tristan (1999). “El sonido de la luz. Comunicación emergente en un diálogo chamánico quechua”. *Chungara*, vol. 29, núm. 1: 35-61.

Windus, Astrid, y Andrés Eichmann Oehrli (2016). “Comunicación religiosa en la América andina colonial. Representaciones, apropiaciones y medios (siglos XVI-XVIII)”. *Iberoamericana*, núm. 61, marzo de 2016: 9-15.

Windus, Astrid, y Andrés Eichmann Oehrli (2017). “La (re-)construcción de espacios sagrados. Los proyectos hierotópicos de la Isla del Sol/ Copacabana, Carabuco y La Plata”. En Norma Campos (ed.), *Barroco. Mestizajes en diálogo* (pp. 383-389). La Paz: Fundación Visión Cultural.